

# Queridos Reyes Magos: Traednos ilusión

ÓSCAR SÁNCHEZ ALONSO

ESTE año, mi carta a los Reyes Magos iba a ser larga y condensada. Vaya que sí. Sin embargo, acabé cambiando de postura. En vista del ajuste, las restricciones y *los Maas-tricht*, he optado por la prudencia.

No quisiera pecar de presunción, pero tengo que decirlo: He conseguido contactar con el Rey Melchor y de él he logrado certero asesoramiento.

Me comuniqué con Su Majestad gracias al teléfono móvil. Según me comentó, los móviles también están muy de moda en Oriente, y el suyo, dice, le tocó en una rifa cuando compraba comida para su camello. Pero no nos despistemos.

Cuando le pedí consejo sobre la primera de mis peticiones, su respuesta no se hizo esperar. Simpático y cordial, el bueno de Melchor me comentó —y con razón— que pedir la FELICIDAD —así, sin más, y con mayúscula— era mucho demandar.

Me explicó que no había dromedario que soportase tanto peso; ni caja de regalo que pudiese envolverla; ni zurrón que la abarcara; ni... Fue en ese momento cuando la conversación se interrumpió definitivamente. Su móvil (el de la rifa) perdió la cobertura. Siempre pasa.

En todo caso, tratando de interpretar bien sus palabras, podríamos renunciar a anotar la Felicidad en nuestras cartas, pero pediremos —eso sí— fuerzas para luchar por conseguirla. No esperamos que nos entreguen la Felicidad envuelta en papel de regalo, pero sí estaría bien que nos respetasen cuando salgamos a su encuentro. No pediremos, en definitiva, ser felices, pero sí deberemos defender reivindicar nuestro derecho a intentar serlo.

Con las cartas mágicas sucede como con el Año Nuevo. A los años, cuando nacen, les hacemos llamamientos de todo tipo. Como poseen la virtud de no dar, responden siempre —con tacaña cautela— a nuestro vicio de pedir. Y los Reyes de Oriente, aunque Magos, también a veces atraviesan sus estrecheces. Qué se le va a hacer.

Los deseos —siempre los mismos, aunque siempre novedosos— afloran por estas fechas. Es ahora cuando tejemos, a la vera del calendario, nuestro más *despierto* sueño; y es, también ahora, cuando escribimos esas *misivas de la ilusión* que sólo sella la fantasía.

Suele decirse que todos los sueños son posibles, pero bien sabemos que los hay irrealizables. No debiera preo-

cuparnos evidencia tan sobrada. Lo verdaderamente grave es no tener —ni siquiera— esos *propósitos oníricos* que alientan un caminar que comenzaba a ser cansino; o que amparan aquel sentir que había dejado de conmoverse.

Que se cumplan los deseos es, en buena parte, secundario; tenerlos presentes, apostar por su conquista, labrar el terreno de su posible consecución... eso es lo fundamental.

A los Reyes habrá que pedirles ilusión. Desconozco su unidad de medida, pero, si la venden al peso, que me pongan muchos kilos; y si es por porciones, que me den un trozo grande; y si de longitud ha de hablarse, envuélvanme todos los metros.

Cuando se pierde la ilusión, todo está perdido porque nada es ya *encontrable*. Sólo la ilusión puede alimentar nuestra espera de futuro: a veces maltrecha; y a veces malherida; y siempre necesaria... y siempre imprescindible.

El día que, por no tener, no tengamos ni esperanza, iremos a *La Ocasión* a publicar nuestro más sentido anuncio: «Dolida y seminueva, doy traspaso de Vida por no poder atenderla».